ISABEL DE INGLATERRA

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIV.

ISABEL DE INGLATERRA.

El año treinta y uno del reinado de Enrique VIII se publicó un estatuto del parlamento, que arreglaba la sucesion del trono de Inglaterra. En consecuencia, luego que acaeció la muerte de este monarca en 1547, Hersfotrd se hizo protector y duque de Somerset, y Eduardo VI fué proclamado rey. Eduardo reinó hasta el año de 1553 en que murió, sucediéndole de pronto Juana Gray, que fué proclamada reina; mas á poco los derechos de Lady María fueron reconocidos, y en efecto ocupó el trono. Esta es la célebre María Tudor, que restableció el catolicismo y condujo despues á Juana Gray y á su marido al suplicio. María murió á los cinco años, y el de 1558 subió al trono Isabel, hija segunda de Enrique VIII y de Ana Bolena. Su elevacion

fué vista con un regocijo infinito de parte de los protestantes, á la vez que los católicos ó papistas presintieron su ruina y total esterminio. En efecto, uno de los primeros actos de la soberana fué restablecer el culto anglicano, acaso mas bien porque esto le grangeaba popularidad, que no por las convicciones de su corazon, pues aunque el clero bajo se opuso fuertemente á estas medidas, como multitud de nobles y barones profesaban las nuevas doctrinas, quedaron irrevocablemente establecidas. Arreglado ya este asunto, Isabel se dedicó con una política y un talento admirables á mejorar todos los ramos del Estado; y la marina, la milicia y el comercio que habia comenzado sus empresas atrevidas desde el tiempo de la reina María, recibieron considerables aumentos. El reinado de Isabel es sin duda uno de los mas gloriosos que ha tenido la Inglaterra, pues se elevó á un grado de esplendor tan grande, que todos los esfuerzos de la España, entonces poderosísima, no bastaron para intimidarla. Isabel, sin duda como mujer de talento, de una fina política y de un exquisito tacto para los negocios públicos, es sin duda admirable; mas juzgando su carácter como mujer privada, aparece violenta, orgullosa, presumida al extremo, de su hermosura, aun en los dias de su vejez, y obrando siempre mas bien como un tirano con sus enemigos y rivales, que no con el corazon y el alma bondadosa de una reina. La cabeza de Isabel era excelente, el corazon era malo.

Cuando Isabel subió al trono tenia poco mas de veinticinco años, y su rostro, si no era lo que puede llamarse hermoso, sí tenia un atractivo y un encanto irresistible, que realzaba con el lujo y esplendor de sus adornos y vestidos. Sus ojos no eran muy grandes ni rasgados, pero estremadamente negros y de una viveza extraordinaria; sus carrillos mórbidos y frescos, y su sonrisa entre altanera y maliciosa. Añádase á esto un elegante peinado lleno de perlas y piedras preciosas un cuello y pecho hermosos, descubiertos enteramente, y una talla verdaderamente de reina, y tendremos una idea de lo que era en los primeros dias de su poder la soberana de Inglaterra, amada hasta la idolatría por los anglicanos, temida por sus enemigos, y respetada hasta cierto grado por los papistas. Su carácter, enérgico y terrible algunas veces como el de su padre, afable y cortesano otras, le habian proporcionado guardar esta posicion en medio de un pueblo tambien altanero y caprichoso, y dividido por los cismas religiosos y por el fanatismo político.

La fama de la belleza y talento de Isabel no se encerraba solamente en las islas británicas, sino que volaba por los mas poderosos reinos del extranjero. Los monarcas, condes, duques y nobles, se enamoraron perdidamente de la reina Isabel. Felipe II fué el primero que formalmente la pidió en matrimonio por medio de su embajador el duque de Frias; y nótese esta circunstancia: el rey inquisidor queria por mujer á la enemiga del Papa y del culto católico. Isabel, por estas y otras consideraciones rehusó tal enlace, y envió al monarca español una respuesta evasiva, aunque demasiado política. Isabel se manifestó algo enamorada de Fe-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

lipe II, pues siempre hablaba de él en términos lisongeros, é hizo colocar su retrato en su propia recámara.

Cárlos de Austria, primo de Felipe II é hijo de Fernando emperador de Alemania, fué el segundo novio; jóven, bien parecido y lleno de amabilidad, lisongeó la vanidad de Isabel; pero la diferencia de religion opuso un obstáculo invencible, y Cárlos prescindió de este enlace y se dirigió á María Estuard, viuda de Francisco II; mas tambien este enlace se desbarató, sin que se haya encontrado un motivo ostensible.

Mientras el príncipe austriaco estaba ocupado en enamorar á Isabel, llegó á Inglaterra Juan, duque de Filandia, á solicitar la mano de la reina para su hermano Enrico, rey de Suecia.

Casi al mismo tiempo llegó tambien otro novio. Era Adolfo, duque de Holstein, enviado y protegido por el rey de Dinamarca. Adolfo era de esos tipos encantadores del Norte, de esos hombres perfectos y lindos como el Apolo de Belvedere. Adolfo, además, era soldado y conquistador. Isabel se enamoró de él, lo hizo caballero de la Jarretiera y le concedió una pension vitalicia; sin embargo, no se decidió la reina á casarse; pero sí fué, en concepto de sus contemporáneos, feliz y muy feliz con su amante del Norte.

Si tantos príncipes venian de lejos tierras á enamorar á Isabel, debe pensarse que entre sus propios súbditos contaba innumerables apasionados. El conde de Arran la amaba con delirio, y aun le sacrificaba sus creencias religiosas. Los condes de Morton, Glercain y Muitlan hablaron á Isabel de este matrimonio, á lo que

contestó que le agradaba infinito la vida de virginidad que habia llevado: que el matrimonio le parecia una carga muy pesada, y que por otra parte queria consagrarse enteramente al cuidado de sus súbditos. Luego que el conde de Arran supo esta negativa, cayó en una melancolía profunda, y á pocos dias se volvió loco.

Sir William Pickering, con mas talento y mas retentiva que el pobre de Arran, se insinuó en los favores de la reina. Era bien parecido, tenia mucha viveza y gracia para hablar, y estas circunstancias le hicieron el no ser muy desgraciado. Isabel lo olvidó á poco tiempo. A este amante sucedió con menos éxito el conde de Arundel. Si Arran se volvió loco, Arundel disipó toda su fortuna en saraos y convites, y trenes, y lujo, y boato, y gastos mil que lo redujeron á la pobreza; y ya incapaz de servirle á la reina, ni para sus planes políticos ni para sus entretenimientos personales, lo despidió de su presencia, no solo con frialdad, sino con dureza, segun asienta el muy juicioso doctor Lingard.

Todos estos amantes, los unos ricos, los otros con una corona en la sien, los unos bellos y jóvenes, los otros poderosos y magníficos, apenas habian dejado una huella en el corazon de la reina. Enrique VIII tuvo seis mujeres, su hija Isabel era mas avara en materias de amor, como se ha podido ver por lo que va referido. Las ilusiones de Isabel se desvanecian pronto, y entonces, alegrándose de no haber contraido un enlace, deseaba un amor, pero de esos amores grandes y verídicos de que tienen necesidad no solo las reinas, sino hasta las pobrecitas zagalas del campo.

Roberto Dudley, hermano del duque de Northumberlan, proscripto por conspirador contra la reina María, y aun contra la misma Isabel, se reconcilió con su soberana, y con una humildad y una mónita sin ejemplo, se inició en su favor. Fué nombrado primeramente caballerizo mayor, y de repente, con asombro universal, fué creado caballero de la Jarretiera y conde de Leicester. Dudley era casado con Amy Robsard, á la cual prohibió se presentase en la corte, y la confinó á una residencia, solitaria en el castillo de Cumnir, donde súbitamente murió de una caida. El público calificó esto de un asesinato. Este suceso dió á Walter-Scott asunto para su preciosa novela titulada el Castillo de Kennilworth, donde con tanta maestría dibuja el carácter de la reina y del favorito, y nos presenta á la pobre Amy, pura, inocente, llena de virtudes, y víctima de un marido ambicioso y de una soberana llena de celo y de orgullo. Isabel amó apasionadamente á Leicester[1], abandonó la vergüenza y decoro, y vivió con él casi de una manera escandalosa.

Leicester, despues de mucho tiempo de privanza, cayó de la gracia de la reina por haber intentado casar al duque de Foxfolk con María Stuard.

El conde de Essex lo reemplazó, y tuvo el fin trágico de que su reina y querida lo enviara al cadalso.

María Estuard tenia derechos al trono de Inglaterra

1 María Stuardo, refiriéndose á lo que le decia Lady Shrewsbury escribió á Isabel: «qu' un auquel elle disoit que vous eviez faint promesse de mariage devaut une dame de votre chambre avoit cousché infinies foys avecques vous avec toute la licence et privaulte qui se peut user entre mari et femme.» (Lingard. hist. de Ingl.)

como hija de Margarita Tudor, y tuvo la desgracia de pretender hacerlos valer en Francia. María Estuard era una de esas hermosuras divinas que pueden llamarse muy bien la maravilla de una época; María Stuard además era católica. Estas tres circunstancias le grangearon el ódio de su prima Isabel. La reina de Escocia era su rival en poder, en hermosura y en creencias; así fué que Isabel la persiguió como reina, como mujer y como religionaria. Fué una larga lucha que duró veinte años, y en que salió vencida María, para que se cumpliera tambien en ella la fatalidad que habia pesado sobre toda la infeliz raza de los Estuardos. Diez y nueve años tuvo Isabel prisionera á María, conduciéndola de castillo en castillo, vigilándola y poniéndola bajo la tutela de sus mas crueles enemigos; diez y nueve años, en los cuales un momento no dejó de soplar el demonio de la envidia en el corazon de la reina de los ingleses. Cuantas glorias, cuanto esplendor circundó su reinado, no han sido bastantes para borrar esta mancha vergonzosa. ¿Una mujer constituirse en verdugo de otra? ¿Una reina poderosa martirizar durante diez y nueve años á una reina desgraciada? Esto no tiene ni tendrá ejemplo en la historia. María Estuard cometió en verdad sus faltas; pero estas quedaron purificadas con su largo y doloroso martirio. Las faltas de Isabel se realzan mas con esta prueba inaudita de crueldad, digna solo de uno de los bárbaros emperadores romanos.

Los últimos dias de Isabel fueron horribles, eran los gritos de su conciencia, eran los recuerdos de sus

placeres, era el sentimiento de haber perdido su belleza, era la perspectiva de un fin próximo; eran por fin, todos los sufrimientos morales que puedan imaginarse, los que asaltándola en tropel, la hacian caer en una melancolía profunda, que terminaba despues con arrebatos de cólera, y desahogaba prodigando los mas crueles denuestos, y las mas graves injurias á los que la rodeaban.

En estos ratos veia pasar unos tras otros á todos los amantes que habia tenido: los príncipes del Norte, rubios hermosos, con sus cuerpos gallardos, habian vuelto á sus nieblas y á sus hielos y olvidado para siempre á la belleza de Inglaterra; el conde de Arran, loco y miserable; Arundel, pobre y despreciado; Leicester envenenado; Essex en un patíbulo!!! y luego en medio de esa fúnebre comitiva de amantes, el cadáver pálido y aun hermoso de María, se levantaba enseñándole una línea roja de sangre en su cuello de nieve, y entreabriendo los labios para bendecir á Dios en sus últimos momentos y perdonar á su rival....

Un dia del mes de Febrero de 1603, húmedo, sombrío y tempestuoso, en que Isabel estaba atormentada moralmente con estos pensamientos, y sufriendo á la vez unos terribles dolores reumáticos, abandonó el palacio de Westminster, y se dirigió á Richmond. Su indisposicion se aumentó allí, á pesar de la cual rehusó obstinadamente tomar ninguna medicina ni alimento. A esto vino á reunirse la muerte de la condesa de Nottingham, su amiga íntima, la cual hizo que la reina pasase ocho dias llorando y suspirando, sin hablar

mas que de la muerte de Essex y de las pretensiones de Arabela Stuard. A cabo de los ocho dias mandó traer unos cojines, se echó en ellos y permaneció diez dias con el dedo en la boca, los ojos abiertos y fijos en la tierra, y poseida de una especie de estupor tan singular, que los que la rodeaban creyeron muchas veces que estaba muerta.

Un momento antes de terminar su existencia, recobró la razon, y á instancia de los lores significó que Jacobo Stuard debia sucederle en el trono.

A las tres de la mañana del 24 de Marzo de 1605, exhaló Isabel el último suspiro, y la corona de Inglaterra pasó por este acontecimiento de la familia de Tudor á la de los Stuard, los cuales ya en Escocia, ya en Inglaterra, tuvieron siempre reinados tempestuosos y un fin trágico.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIV.